



Dios Está Donde Tu Estás

Ernest Holmes

Este documento es de dominio público y está disponible a través de los servicios de los Archivos y Biblioteca de Ciencia de la Mente. El cargo nominal de este documento ayuda a cumplir nuestra misión de ubicar, organizar, preservar y compartir registros, recursos, materiales y documentos que respaldan las actividades y expresiones de Science of Mind®. Para acceder a muchos de nuestros y de otros documentos, visite nuestro sitio web. Los suscriptores de nuestro sitio web y amigos de los archivos obtienen acceso a un número selecto de descargas mensuales gratuitas.

scienceofmindarchives.com

Dios Está Donde Tu Estás

por Ernest Holmes (26/11/50)

Los seis grandes propósitos de la vida son: salud, felicidad, éxito, amor, seguridad y paz mental. Hay algo dentro de cada uno de estos propósitos que nos hace creer que la Vida solo quiere que seamos felices y completos.

No podemos dudar que la Vida existe para ser expresada. Porque se nos da para que podamos vivirla. Jesús dijo: "Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia". Y Él no se refería a una vida más abundante en algún futuro. En total, Su enseñanza nos dice que la vida está hecha para vivirla hoy y que si vivimos correctamente hoy, el mañana se arreglará solo.

Por algún poder divino que dijo que está dentro de todos, Jesús sanó a los enfermos. Lo hizo dirigiendo su pensamiento a Dios, diciéndoles que la fe en la Vida podría hacerlos completos. Hoy sabemos que un gran porcentaje de nuestras dolencias físicas son el resultado directo de estados emocionales, un sentimiento de que no estamos completos dentro de nosotros mismos y una falta de fe en la Vida.

¿Cuál sería, entonces, la mejor actitud mental a asumir si deseamos cooperar con la naturaleza para que mantengamos un cuerpo físico sano y vigoroso?

Me parece que sería tener una profunda convicción de que todo órgano, toda acción y toda función de este cuerpo físico tiene sus raíces en la Vida Divina; que la circulación de nuestra sangre es la circulación de la Vida a través de nosotros, y que esta intrincada red que llamamos sistema nervioso es realmente un instrumento divino que, si se mantiene a tono con la Vida, establecerá la armonía en todo el cuerpo.

Supongamos que nos acostumbremos a decir cada noche cuando nos

acostamos: "Estoy entregando mi cuerpo físico al cuidado Divino. Duermo en paz, despierto en alegría y vivo en una conciencia de bien. A lo largo de la noche, la naturaleza estará reconstruyendo cada átomo de mi ser según el patrón de perfección divino que existe en el centro de todo. Porque Dios está justo donde estoy, trabajando en mí y a través de mí ahora".

A ver si podemos acostumbrarnos a decir cada mañana al despertar: "Este es el día que hizo Dios, y es un buen día. Toda la energía, todo el poder y todo el entusiasmo que pertenecen a la Vida son míos hoy". Y antes de cada comida, supongamos que la bendicimos y mentalmente estamos de acuerdo con ella. Y cuando el trabajo del día termine, aprendamos a dar gracias por el poder sustentador del Espíritu que nos ha guardado a lo largo del día. Esta sencilla práctica, utilizada con sinceridad, hará más por nosotros por mantener la salud física que cualquier otra cosa que podamos hacer.

Todos deseamos ser felices. El entusiasmo y la felicidad quitan peso a las cosas. La falta de entusiasmo en la vida hace que todo sea pesado y aburrido. Tú y yo podemos ser felices hoy si deseamos ser felices. La felicidad puede convertirse en un hábito si la practicamos el tiempo suficiente. Así que cada día aprendamos a decirnos por qué tenemos que estar felices y agradecidos. Debemos estar felices de estar vivos y agradecidos de tener la oportunidad de cantar, bailar y alegrarnos.

Con demasiada frecuencia los deberes de la vida adulta sofocan la alegría espontánea que encontramos en el niño que aún no ha aprendido a tener miedo de nada. Y así anhelamos volver a los días de la infancia, días en que el futuro parecía brillante con esperanza y el presente lleno de alegría.

El niño no tiene miedo de las personas o los eventos. Los toma a todos con calma porque tiene confianza en la vida. Y es esta confianza en un Poder superior a nosotros la que debe restaurarse.

Pero como no podemos tener felicidad sin dar felicidad, tendremos que aprender a compartir nuestra alegría con los demás. ¿Cómo sería si

tomáramos estos pensamientos como felicidad y los repitiéramos unas cuantas veces al día, para que no olvidemos: “Soy feliz porque sé que Dios está donde yo estoy. Me alegro porque tengo el privilegio de dar felicidad a los demás. Hoy invito a la oportunidad de ayudar a todos los que se cruzan en mi camino. Hoy traigo felicidad a todos los que conozco y a todo lo que toco”.

Todos deseamos tener éxito. ¿Qué es el éxito sino una autoexpresión adecuada y que valga la pena? El éxito trae plenitud a nuestras vidas y da autoexpresión al impulso creativo dentro de nosotros y nos hace sentir que la vida realmente vale la pena.

La vida ha implantado dentro de todos nosotros un gran deseo de hacer cosas: construir, crear, lograr y vivir cada momento al máximo. Es de este deseo interior de donde provienen todas nuestras esperanzas, todas nuestras aspiraciones, que son la fuerza motriz de nuestras acciones. Con demasiada frecuencia nos sentamos a soñar con grandes cosas por venir, grandes eventos que pueden ocurrir en el futuro, en lugar de aprovechar la oportunidad que siempre está a la mano para lograr lo que estamos haciendo, sea lo que sea.

Hay dos actitudes que podemos asumir aquí. La primera es hacer con todas nuestras fuerzas las cosas que están a la mano, para cumplir con la mayor perfección posible las pequeñas tareas que se nos presentan. El siguiente es mantener nuestras mentes abiertas a logros mayores. Esto traerá cumplimiento para el día en que vivimos, abrirá un canal para cosas más grandes por venir.

Entonces, digamos cada día: “Hoy la vida me está dando la oportunidad de expresarme al máximo. El Espíritu dentro de mí va delante y prepara el camino. La puerta de la oportunidad está abierta de par en par. Algo dentro de mí sabe qué hacer y hace que actúe inteligentemente en todo lo que estoy haciendo. Estoy soñando un sueño, y voy a salir a hacerlo realidad. Y sé que todos mis mañanas serán buenos. Cada día traerá la oportunidad de autoexpresión. Estoy siendo conducido, guiado y dirigido hoy, mañana y cada mañana, porque estoy en sociedad con la Vida misma”.

Hablemos de lo que más vale la pena en la tierra y el mayor regalo del cielo:

el amor, sin el cual nada puede valer la pena. No podemos dudar que el universo descansa sobre los hombros del amor - "Un amor tan infinito, profundo y amplio, que los hombres lo han renombrado y llamado Dios". El amor es más que caridad y más profundo que la tolerancia, porque el amor es entrega de uno mismo a los demás.

Uno de los comentarios más interesantes que podemos hacer sobre el amor es que si bien podemos odiar hasta cierto punto, hasta que la misma actitud de odio nos destruye como si se consumiera en su propio fuego, cuanto más amamos mejor nos sentimos; cuanto más profundo es nuestro amor, más expresados somos; cuanto más amplio es el alcance de nuestro amor, mayores se vuelven nuestras experiencias. El odio destruye mientras que el amor llena.

El amor es amable, gentil y comprensivo. Es tolerante con los demás y se remonta a través de la indiferencia y la frialdad de la vida a algo cálido y palpitante que está en el centro de todo. Y el amor es algo que cuanto más das, más recibes a cambio, pero negarse a darlo parece anular cualquier posibilidad de que regrese.

Tú y yo tenemos ciertas personas a las que les derrochamos mucho cariño. Esto es natural y deseable. Pero, ¿nos gustaría menos estos pocos si aumentáramos nuestro amor para incluir a toda la humanidad? Con demasiada frecuencia tenemos miedo de soltar el pequeño bien que creemos que tenemos en la mano por temor a perderlo, sin darnos cuenta de que sólo cuando realmente perdemos este bien se puede aumentar.

Supongamos que hacemos un hábito diario de sentir que nos gusta la gente y ellos nos quieren; en cierto sentido, les pertenecemos a ellos y ellos nos pertenecen a nosotros. Y en un sentido muy real, todos los que conocemos son parte de nuestra propia familia, para amar y disfrutar. Jesús fue tan lejos como para decir que debemos amar a los que nos odian porque sabía que finalmente el amor vencería.

Meditemos, pues, diariamente en este pensamiento: "Es mi deseo que todos los que me encuentren sientan el calor y el color de mi afecto. Es mi

propósito que un sentimiento de buena voluntad pase de mí a los demás. Hoy abrazo al mundo con este afecto y deseo de que el bien venga a todos”.

Todos necesitamos una sensación de seguridad. Tanto es así que se nos dice que la falta de sensación de seguridad está detrás de la mayoría de nuestros conflictos mentales y emocionales. Se han escrito cientos de libros sobre este tema y el consenso general es que la persona que se siente segura de sí misma tendrá una actitud confiada y optimista hacia la vida.

Pero, ¿qué es la seguridad sino un sentimiento de pertenencia al universo en el que vivimos? Las únicas personas que he conocido que tienen un sentido adecuado de seguridad son aquellas que tienen fe en la Vida y en Dios. Las personas sin una perspectiva espiritual adecuada de la vida no están mentalmente completas.

Ahora, si estuviera tratando de venderles mi religión, esto podría parecer una gran charla de ventas. Pero esto es lo más alejado de mi mente. Realmente estoy hablando de tu religión, tu iglesia, el grupo de personas al que perteneces, o al que deberías pertenecer, ese grupo que realmente cree que Dios es el poder final en el universo. Nadie necesita excusarse por su convicción religiosa, porque sin ella no está completo.

Sí, todos necesitamos una sensación de seguridad que proviene de saber que Dios está justo donde estamos. Entonces, practiquemos cómo adquirir este sentimiento de seguridad usando ciertas afirmaciones o meditaciones cotidianas, similares a estas: “Me siento como en casa en el universo en el que vivo. Me siento seguro en la Presencia Divina que me rodea. Tengo fe completa en mí mismo, confianza completa en mi futuro, porque sé que debajo están los brazos sustentadores del Infinito”.

Y así llegamos a la última de las ideas de las que hemos estado hablando, la tranquilidad. Recientemente estaba hablando con alguien de considerable riqueza, gran cultura y encanto inusual, y le hice esta simple

pregunta: "¿Qué es lo que más quieres de la vida?" Su respuesta fue instantánea y enfática, pues dijo: "Daría todo lo que tengo por la tranquilidad".

Creo que si tuviéramos que llegar al fondo del pensamiento de todos, encontraríamos que todos sentimos lo mismo. Y creo que la adquisición de las cinco actitudes ante la vida de las que acabamos de hablar es lo único que nos puede dar tranquilidad. Porque la tranquilidad no es algo que provenga de la seguridad, la posición o el poder externos. La paz mental proviene únicamente de una fe profunda y permanente en el universo, en la Vida y en el Poder mayor que nosotros. Si hemos practicado con éxito las meditaciones ya sugeridas, descubriremos que tenemos paz mental.

¿Y a qué se suma todo esto además de practicar la Presencia de Dios? ¿Y cómo podemos practicar la Presencia de Dios a menos que creamos que Dios está justo donde estamos? Así que nos lleva de regreso a la simple proposición: Dios y la Vida son la misma cosa. Y estamos viviendo en Dios y en la Vida. Porque todo lo que hacemos, decimos y pensamos es la Vida viviendo a través de nosotros, expresándose en nosotros.

Hemos estado mirando demasiado lejos. Hemos estado retrasando demasiado el evento Divino. Entonces, comencemos de nuevo y comencemos diariamente a practicar la Presencia de Dios en las personas, en las cosas, en los eventos, en cada acto creativo, en cada pensamiento y palabra, hasta que finalmente aprendamos a encontrar a Dios en todas partes. No el Dios que fue o el Dios que va a ser, sino el Dios que es.